



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

Trabajo Integrador Final

“Naufragando hacia un oficio”

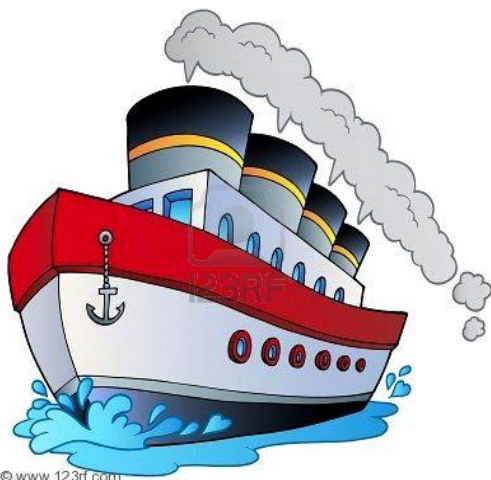
(Ensayo)

Autora: Salaberry, María Eugenia
Legajo: S-2243/8
Docente responsable: Castaño, Mónica

Año 2018

*"Los seres humanos tenemos esa particular
necesidad de anclarnos de las palabras,
afectos y abrazos de otros;
esas son verdaderas amarras que
nos estabilizan en aquellos
momentos en que el mar de la vida
se vuelve inesperado, agitado o confuso"*

Marcelo Rocha (2017)



© www.123rf.com

AGRADECIMIENTOS

A la Facultad de psicología de la UNR por las herramientas y por esta oportunidad de devolver algo del orden de lo propio en este nuevo comienzo.

Al espacio TIF por alojar tantos escritos y por la disponibilidad en cada encuentro.

A Mónica por abrirme un camino hacia el oficio, por ayudarme siempre a pensar y por su gran colaboración y guía en este trabajo.

A toda mi familia, especialmente a mi abuela, porque que me han acompañado de innumerables formas durante estos años.

A mis amigas y amigos, de la vida y los que he encontrado en esta casa de estudios por su colaboración y su tiempo en tantos momentos claves.

A Juan por su gran apoyo y sostén en los últimos pasos de este recorrido.

Y a Romina por su tiempo y sus valiosos aportes durante este trabajo.

ÍNDICE

○ Resumen/ palabras claves.....	5
○ ¿Oficio del psicólogo?.....	6
○ Pasaje sorpresa.....	7
○ Psicología en pañales.....	9
○ Estalla lo humano.....	10
○ Salud Mental: no es cosa de locos, es cosa de todos.....	11
○ El mundo es un mar de subjetividades.....	13
○ El arte de intervenir.....	14
○ Del naufragio hacia la reflexión.....	16
○ Referencias bibliográficas.....	17

RESUMEN

El siguiente ensayo aborda la temática de la construcción del oficio del psicólogo, en el sentido más artesanal del término, concebido como ese 'saber hacer' específico, sustentado en lo teórico con sus aportes particulares que le otorgan identidad.

En este camino, paulatinamente van encadenándose interrogantes con el objetivo de reflexionar acerca del oficio del psicólogo, su praxis en el Centro de Día, cómo concebir al sujeto, a las subjetividades, cómo pensar la salud mental y cuáles son los modos de intervenir.

Organizado en ocho secciones que con un estilo poético permiten un recorrido a través de los cuestionamientos de la autora a partir de su experiencia en un Centro de Día donde fue desarrollada su práctica pre profesional supervisada.

A través de estas líneas, no se encontrará el lector con soluciones ni respuestas cerradas; sin embargo, una cuestión insiste con claridad: la importancia de trabajar con otros.

Quien escribe estas letras espera que este trabajo sea una invitación a seguir pensando y problematizando en la construcción-sin duda incesante- del oficio.

Palabras claves: Oficio, Subjetividades, Salud Mental, Intervenciones.

¿OFICIO DEL PSICÓLOGO?

Es curioso cuando algo insiste, a veces se acomoda de manera clara o aparente, y cuando se cree sabido o aprehendido, irrumpe aquello que continúa insistiendo e impulsa a seguir pensando de formas inesperadas.

Algo del orden del oficio del psicólogo en su praxis insiste desde la perspectiva de la autora de estas líneas debido al camino recorrido en su formación teórico-práctica que la lleva a reflexionar: ¿Qué decimos cuando decimos oficio? Ovide Menin lo define muy bien realizando una interesante diferenciación entre el oficio y el rol.

El oficio es el trabajo habitual que realiza un obrero, un profesional o un artista en condiciones materiales y espirituales concretas pero cambiantes. Ligado en cierto modo al rol, no es exactamente lo mismo. El rol del psicólogo, en este caso, es el papel que este profesional representa en una sociedad dada, como miembro de ella. El oficio es, además de representación, acción; centrada en el trabajo como categoría socioeconómica. Cierta tipo de trabajo distinto de otros. En cuanto al psicólogo como tal, más allá o más acá del campo donde se inserte, prefiero concebirlo como un profesional, en el sentido de quien se distingue por su accionar, con teoría e instrumentos distintivos que le dan identidad por el trabajo que realiza y los problemas que aborda, dentro de la amplia gama de divisiones a las que lo somete el orden social establecido. (Menin, 2000: 5-6)

Se podría hablar de un 'saber hacer' específico, sustentado en lo teórico, diferente de otros saberes ¿y cuál es el aporte del psicólogo? Desde la psicología se trabaja específicamente con el sufrimiento psíquico de las personas, en este sentido es pertinente preguntarse ¿por qué hablar de oficio? La práctica pre profesional supervisada de la autora refiere a un pasaje por un Centro de Día para personas con discapacidad, el cual ha abierto múltiples interrogantes acerca de las tareas del profesional psicólogo en los diferentes espacios dentro de la institución, haciendo lugar a una pregunta que puede resultar más compleja de lo que aparenta: ¿qué hace concretamente el psicólogo en un Centro de Día?

Al respecto, dice la Ley 24.901¹ en su artículo 24 que un Centro de Día es el servicio que se brindará a toda persona con discapacidad severa o profunda, teniendo como meta el objetivo de brindarle el más adecuado desempeño en su vida cotidiana, mediante la implementación de actividades tendientes a alcanzar el máximo desarrollo posible de sus potencialidades.

Entonces, ¿qué incumbencias particulares aborda en este lugar el psicólogo distintas de otras áreas? ¿cuáles son sus obligaciones, sus responsabilidades y fundamentalmente sus aportes en relación a su praxis? ¿cómo dibujar una línea imaginaria que permita deslindar los límites en la práctica? Hacia esta marea de interrogantes naufragaba la autora de estas letras, durante su práctica pre profesional supervisada.

¹ Sistema de prestaciones básicas en habilitación y rehabilitación integral a favor de las personas con discapacidad.

El dispositivo en el cual se desarrolló la práctica pre profesional supervisada se denomina 'La Casa del Pasaje', la cual es una Asociación Civil sin fines de lucro, ubicada en la ciudad de Rosario, en la calle Viamonte a la altura 3054. La misma funciona como un Centro de Día pensada para niños, adolescentes y jóvenes que padecen distintos tipos de conflictos: ya sea en la convivencia familiar y social, en los espacios de aprendizaje, en la manera de vivenciar su 'discapacidad', en la forma de inscribir un acontecimiento de naturaleza 'traumática' y en otros tipos de conflictos, que la mayoría de las veces aparecen bajo etiquetas como las de 'psicosis', 'autismo', entre otras.

En esta casa desembarco una estudiante de psicología que deseaba cargar su barco de herramientas que den cuenta de su oficio. Esperaba encontrarse allí, un puerto que llene de sentido sus interrogantes acerca de las características específicas de la práctica del psicólogo en un Centro de Día. Sin embargo, las corrientes marítimas suelen desviarse muchas veces del camino marcado. Lo que ocurrió entonces, fue que desemboco en otro puerto llegando al encuentro de una institución, más bien de una casa, con particularidades ideológicas cuyo estandarte era la salud mental.

Confiaba en hallar allí un equipo de profesionales que le permitiera descubrir la práctica concreta del psicólogo y diferenciarla de otras prácticas que deberían coexistir en un Centro de Día, para dibujar en conjunto con los otros saberes los aportes que desde la psicología se producen dentro del equipo.

Pero ¡vaya sorpresa! La autora de estas letras no encontró allí un Centro de Día, sino que descubrió una auténtica casa, como cualquier hogar que uno pudiese imaginar. Si un recién llegado quisiera de repente comprender la lógica del espacio, resultaría sumamente difícil distinguir a simple vista los lugares que encarnan quienes habitan la casa.

Luego de un pasaje recorrido que permite conocer y formar parte de una lógica de trabajo con características propias, es posible dar cuenta de que operaba allí algo del orden de una familia de psicólogos y artistas con un proyecto institucional común que los encontraba trabajando cotidianamente como 'adultos responsables', ahí radicaba su labor, en una filosofía horizontal donde cualquier acción se transformaba en colectiva. Ser adulto responsable significa tomar el timón y conducirlo a buen puerto, pero no en el sentido interdisciplinario sino más bien colectivo, en esta dirección, quien escribe estas líneas y transito como pasajera, reflexiona en relación al oficio.

Para poder comprender de que se trata la interdisciplina, resulta interesante retomar a Stolkiner (1999) cuando en relación a los equipos interdisciplinarios acertadamente resalta la obviedad de que son un grupo donde cada saber disciplinario es una forma de poder, por lo cual esta cuestión aparecerá. También individualmente implica renunciar a que el saber de la propia disciplina es suficiente para dar cuenta del problema. Reconocer su incompletud, desafiarla, ponerla a trabajar.

Pero cuando se hace referencia a la lógica colectiva de la institución, es en relación a una cuestión filosófica e ideológica del lugar, en el sentido más simple del término colectivo como un conjunto de personas con problemas e intereses comunes, no se trata de interdisciplina ni de equipos interdisciplinarios, ni de profesiones de la salud. Sino que son personas, mayoritariamente psicólogos y artistas que ponen sus esfuerzos en conducir el timón del barco de forma colectiva, más allá de la profesión, más allá de la jerarquía de poder, predicando la horizontalidad en todas las actividades y decisiones, tras el ideal de trascender lo propio para pensar en lo común.

Los psicólogos se ocupaban de llevar adelante los espacios culturales que allí acontecían y también de las diferentes tareas de la casa, como la limpieza, la cocina, incluso el cambiado de pañales de los pasajeros que así lo requerían.

Entonces, tomar el timón de manera colectiva independientemente de la profesión ¿borra los límites de sus incumbencias? ¿vacía de sentido su especificidad? Quizá por ello es interesante hablar de oficio, en el sentido más artesanal del término, del psicólogo en este Centro de Día particular o en cualquier ámbito donde desarrolle su praxis. Se trata de ese 'saber hacer' específico, constante y laborioso de ofrecer una disponibilidad para que algo acontezca, dar lugar a lo imprevisto, reinventar, repensar y re-significar la práctica a través del tiempo.

Desarrollar la propia caja de herramientas donde uno se encuentre trabajando con otros, crear un estilo, una identidad profesional. Hacia estas cuestiones invitaba esta experiencia.



Al inicio, solo existe el cuerpo, luego el lenguaje de otro que ama a esa vida que nace bañando con palabras la superficie del cuerpo. Lo simbólico crea aquí sus primeras marcas, nacemos así; seres sujetos al lenguaje, seres sujetos al deseo del Otro, sujetos sujetados –o no tanto-

Para poder concebir un sujeto de deseo, resultan pertinentes las ideas de Cristina Savid (2011) quien sostiene que las palabras llegan cargadas de afecto, no como objetos aislados. La lengua construye lazo e historiza al sujeto. Pero si la palabra llega descatectizada, al no haber valor afectivo no es posible que los acontecimientos dejen marcas, que se inscriban los recuerdos. De alguna manera, el otro es lo que le permitimos que sea.

Haciendo referencia al tratamiento de las personas con discapacidad nos encontramos hoy enmarcados dentro del modelo social como ideal a alcanzar, donde podemos pensar a las personas con discapacidad como sujetos de derecho ofreciéndoles fundamentalmente dignidad, respeto por lo diverso y autonomía.

Vale pensar, que se trata en La Casa Del Pasaje, de subjetivar al otro, sacarlo de un lugar de objeto, y apostar siempre (aún en el cambiado de pañales) a un sujeto de deseo y de derechos, utilizar en esa instancia la herramienta de la ficción propia de la institución para interactuar con el otro, con su cuerpo, establecer también allí un vínculo, un lazo, que la persona con discapacidad pueda participar activamente en esa escena de su intimidad. Esto implica que aquella escena no se constituya como un 'simple cambio de pañal', sino que sea un eslabón más del vínculo transferencial con los pasajeros, donde tampoco allí queden ubicados en el lugar de objeto, tiene que ver con el cuidado de su cuerpo, en ocasiones consistirá en asistirlos o indicarles, acompañarlos en ese momento favoreciendo también su autonomía, y en otras requerirán una asistencia completa, permitiendo así que en el encuentro con el otro el cuerpo se arme y se materialice de otro modo esta situación que la mayoría de las veces resulta deshumanizante. En definitiva, la subjetividad se construye en una relación directa con las experiencias que el cuerpo vivencia. En este sentido, es válido, muy valorable y coherente con la ideología del lugar. Pero en algo del orden de lo personal la estudiante de psicología se desencontraba en su pasaje con este punto particular, contra-transferencialmente hablando, ¿es posible pensar que el cambiado de pañales forma parte del oficio del psicólogo? Jamás se le hubiese ocurrido antes de esta experiencia ¿o es que constituye un límite para ella? A modo de ejemplo, si podemos ubicar el 'saber jugar' como parte del oficio de un psicólogo de niños, conformando esa tarea artesanal ¿por qué no el cambiado de pañales en este Centro de Día? Quizá es un saber que podría atribuirse por ejemplo a un profesional de enfermería, pero si se trata de tomar el timón del barco colectivamente nadie está eximido por su profesión, y esto es lo que marca una horizontalidad tanto a la hora de realizar las tareas como de tomar decisiones. Se podría reflexionar en estos términos: ¿tiene que ver con el oficio del psicólogo o con el posicionamiento histórico epistemológico de la institución?

En definitiva, no son cuestiones que se puedan pensar por separado y quizá allí está la dificultad, la institución en donde uno desempeña su labor no es una variable irrelevante para pensar su oficio. Pensando metafóricamente, nunca un mar en calma hizo experto a un marinero; y quien escribe afortunadamente se encontró con una marea inestable de preguntas y reflexiones.

La Casa del Pasaje forja sus cimientos epistemológicos tomando como modelo la experiencia de Bonneuil que se lleva a cabo en París, en este sentido, tomando las palabras de Mannoni “Bonneuil es para ellos un ‘lugar de vida’, donde hay gente que ya no se sigue haciendo preguntas sobre la enfermedad mental, o sobre un niño superdotado o atrasado; ya no se sabe quién está loco y quién no” (Maud Mannoni, 1982:19)

Esto ocurre todo el tiempo en La Casa del Pasaje, son grupos diversos de personas expresándose, sosteniendo el ideal de ‘institución estallada’, que a veces puede resultar peligroso, donde se apuesta a que se exprese la locura, las fantasías, las risas, el juego, los deseos, asumiendo ese estallido, ya que al fin y al cabo es en el estallido donde puede emerger algo del orden del deseo y la verdad del sujeto.

Lo que constituye a un sujeto no es su discapacidad, en tal caso la forma de tomar su condición discapacitante es lo que produce efectos en su subjetividad, lo que deja marcas en el sujeto no son sus limitaciones sino los efectos que generan los vínculos con los otros. Podemos pensar siguiendo a Bleichmar (2005) y Rascovan (2013) a la subjetividad como un entramado histórico, épocal, que se construye, va mutando, transformándose; y la subjetivación como un tipo de intervención. Si entendemos a las instituciones como productoras de subjetividad, en la Casa del Pasaje siempre se trata de subjetivar al otro en cualquier cosa que haya que hacer. El pasaje por esta institución es realmente interesante, es en sí mismo productor de sentidos, de interrogantes, de cara a una práctica que rompe con lo establecido, moviliza sobre todo a pensar.

Retomando lo dicho anteriormente, el estandarte de la institución hace referencia a la salud mental, y además de cualquier particularidad de este lugar, lo que resulta extraordinario es que lo humano estalla por todas partes ¿qué quiere decir esto? Por ejemplo, que las reuniones de equipo se coordinaban por fuera del horario laboral - y fuera del salario-, remitiendo a pensar que el motor del barco que regula la institución es el compromiso, el deseo de que otra forma de pensar la atención en discapacidad y la salud mental es posible. Suele ocurrir con estos proyectos y otros que deben darse una lucha constante por estar dentro o fuera del sistema y seguir siendo fiel a sus ideales, comprender colectivamente cuáles puntos no están dispuestos a negociar.

Una salud mental para todos, como un derecho básico y universal garantizado, no como un bien del mercado, accesible para pocos; que sea posible pensar en el marco de una sociedad inclusiva como ideal a alcanzar que el Estado apoye estas propuestas, sobre todo que las apoye económica y legalmente para que la esencia de estos proyectos -cuya bandera es la salud mental- no quede aplastada por un mar de burocracia que vuelve muy difícil sostenerlos en el tiempo. En este sentido, se abre la pregunta: ¿cómo pensar la salud mental?

Siguiendo la línea de Galende (2008) resulta posible reflexionar acerca de una cultura manicomial que ha impulsado a lo largo del tiempo representaciones sociales basadas en la exclusión, la alienación, la intolerancia a las diferencias, el etiquetamiento, el estigma, el desconocimiento de los derechos sociales de las personas con sufrimiento mental. En este paradigma dominante, se concentra el poder curativo exclusivamente en el saber profesional, se concibe al paciente como incurable, peligroso, improductivo para la sociedad, incapaz de conciencia y autonomía.

La sociedad a través de los manicomios ha asignado al 'loco' un lugar donde ser aislado, se procura tratar allí a los enfermos mentales, 'haciendo lo posible para su curación', pero mientras la cura no se produce su paso por allí se eterniza, despojando a la persona de cualquier cosa que hubiera tenido importancia, sus cosas materiales, su ropa, sus afectos, quizá hasta su nombre, las cosas que hacía, decía o pensaba, su manera de habitar el mundo antes del hospicio, todo desemboca en el olvido, tantas veces se olvida también que es un ser humano quien debe soportar tal encierro, probablemente en contra de su voluntad, con el objetivo de proteger así a los 'sanos' y al mismo 'paciente' de actos irresponsables que pueda cometer.

Desde hace tiempo, la lógica que opera casi naturalmente en nuestra sociedad corresponde a un sistema exclusivo, de segregación.

Representa un enorme avance en este marco la Ley Nacional de Salud Mental 26.657 sancionada en el año 2010, porque impulsa un cambio de paradigma hacia una sociedad inclusiva sosteniendo en su artículo 3° una concepción de la salud mental entendida como un proceso en el que se entrecruzan los aspectos históricos, socio-económicos, culturales, biológicos y psicológicos, cuya preservación y mejoramiento implica una dinámica de construcción social que se vincula de forma directa con el cumplimiento de los derechos humanos y sociales de toda persona.

Así mismo, en el artículo 27° de la misma ley se menciona la prohibición en cuanto a la creación de nuevos manicomios por la violación sistemática a los derechos de las personas y la tendencia a readaptar los existentes por una atención integral, interdisciplinaria y garantizando los derechos de las personas que se atienden en los mismos, se reconoce con extrema claridad la necesidad de creación de dispositivos alternativos que sustituyan definitivamente al manicomio.

Conviene comprender que no todas las personas demandan una clínica en el sentido tradicional, pero todas las personas tienen derecho a ser asistidas. Podríamos considerar a La Casa del Pasaje como un dispositivo alternativo al manicomio, donde la Ley de salud mental funciona como un mapa legal que permite un anclaje para este barco, un proyecto al que muchas veces el Estado lejos de garantizarlo le suelta las amarras; sin embargo quienes llevan el timón en este sinuoso recorrido encuentran modos de intervenir desnaturalizando lo establecido, lo instituido, haciéndole lugar a propuestas distintas, 'alternativas' a la medicalización, innovadoras, pensando una clínica que propicie las diferencias porque es en la diversidad donde está lo rico, una clínica que permita hacer con lo insoportable, que dé cuenta de los rasgos de excepción de un sujeto, entendiendo que somos lo que somos en un continuo diálogo con otros.

En referencia a estos procesos y coincidiendo con Ferrara (1985) la salud está vinculada con el continuo accionar de la sociedad y sus componentes para modificar, transformar aquello que deba ser cambiado, el proceso incesante salud-enfermedad se refiere a la idea de acción frente al conflicto, de transformación ante la realidad. En consonancia con este planteo, ya no se trata de concebir a la salud como

ausencia de enfermedad, ni tampoco de cuestiones meramente biológicas, sino que como profesionales debemos poder pensar la salud en su contexto histórico social, cambiante, sacando el eje de la enfermedad, de lo patológico, consensuando en cómo entendemos las nociones de sujeto y de conflicto. Como sostiene Galende "no se trata de anular el conflicto o pretender resolverlo, se trata de dejarlo o hacerlo hablar, esto solo hace que, si otro escucha, se restituya la dimensión del sujeto implicada en su existencia"(Emiliano Galende, 2008:9) y en este punto hay algo muy importante que tiene que ver con localizar el afecto, no en el sentido religioso del término, sino el afecto en el cual uno puede estar afectado porque está el otro, qué lugar ocupa uno y cómo se interpela al otro.

Es posible pensar el manicomio como un espacio de desubjetivación -entre otras miserias-, por su parte La Casa del Pasaje no es una propuesta nueva, sino un proyecto que tiene más de veinte años de historia alojando pasajeros y continua navegando pese a las adversidades; una institución productora de subjetividad, de lazo social, permitiéndole a los pasajeros reposicionarse como sujetos, ser reconocidos como tales, tomar decisiones, que su discurso tenga valor, que sean escuchados, potenciando su capacidad de jugar, crear, imaginar, construir algo propio, con otros; que puedan transitar los malestares de su existencia sin ser discriminados e invalidados.

Aquí resultan interesantes las ideas de Bleichmar (2003) cuando habla de la escuela como productora de subjetividad, en tanto un organizador simbólico donde de alguna manera se redefine la relación del sujeto con la sociedad y se generan nuevos objetivos fuera del entorno primario de la persona. Quizá sea pertinente reflexionar acerca de la Casa del Pasaje como un organizador simbólico para los pasajeros que habitan y transitan por sus espacios, intentando adquirir nuevos recursos, construir y expandir sus lazos sociales, tendiendo a una clara meta de poder llegar a otras convivencias por fuera de la institución, potenciar las habilidades y capacidades de los sujetos para que se encuentren con su propio deseo y que justamente el tránsito por la casa se trate de un pasaje del que puedan irse modificados y no de un paso eterno que no lleve a ninguna parte.

De esta manera, en el mar agitado de nuestra sociedad actual emerge el siguiente interrogante: ¿cuáles son las prácticas del psicólogo que propician otros modos de ser y estar en un Centro Día pensado como un dispositivo sustitutivo al manicomio?

Cuando se habla de producción subjetiva, se quiere decir que la subjetividad en la actualidad está atravesada por nuevas formas de expresión, valores estéticos, morales y éticos, construcciones de pensamiento, relaciones interpersonales, etc. Lo cierto es que las subjetividades van construyéndose a través de la historia, las épocas, se van transformando los modos de ser y estar en el mundo, son construcciones que suceden en la cotidianidad de cada cultura. El sujeto aparece como un efecto de la cultura, es por ello que es crucial poder historizar para que se vuelva posible desnaturalizar, develar lo oculto, transformar la realidad.

Es interesante a este respecto detenerse en lo que plantea Volnovich (2008) cuando argumenta que es desde el comienzo que nuestra subjetividad lleva impresas las marcas del 'otro'. Y justamente debido a ello es que resulta ciertamente fundamental que exista otro que esté dispuesto a escuchar, a generar palabras, a acompañar, a sostener; que exista otro que pueda habilitar, para que sea posible que emerja algo del orden del propio sujeto, para que el deseo circule y para que se restituya, como dice Volnovich, el derecho de pensar y sentir.

Si se sigue a Sibilia (2012) recorriendo por un momento la historia y se piensa en las instituciones de la sociedad moderna tales como la familia, la escuela, la fábrica, el ejército o la prisión es posible reflexionar acerca de cómo todas ellas operaban en relación, vinculadas, organizadas, con el Estado como garante para producir ciudadanos con una idea clara de futuro posible.

Pero en la actualidad el mercado y el consumo se instalan como valores supremos bajo la influencia de los medios de comunicación para el desarrollo de las sociedades. Se vive una época contradictoria que llena a las personas de cosas mientras, en diversas áreas, las vacía. Una época que presiona con niveles altos de exitismo y rendimiento mientras propone, de múltiples maneras, aliviar los conflictos o tensiones personales a través de la adquisición de diferentes 'cosas'. La época de la inmediatez, la superficialidad, donde se establecen redes y vínculos cada vez más frágiles, una época de creciente soledad.

En los últimos años la influencia constante de los medios de comunicación, los altos niveles de consumo, la competitividad en el trabajo, la desocupación, la miseria, el sufrimiento y el dolor humano, son los 'estímulos normales' a los que se expone la persona en sus diferentes organizaciones. En este panorama es importante preguntarse: ¿cuáles son los productores de subjetividad en la actualidad? ¿Las nuevas tecnologías, la publicidad? ¿Qué lugar ocupa el Estado?

Se ha instaurado la lógica del parecer por encima de la del ser, desde las instituciones se intenta 'normalizar' todo aquello que aparece por fuera de lo establecido, adaptando al otro a un funcionamiento y una manera de vivir que se considera 'la manera' normal y correcta, resulta que en nuestra sociedad el semejante genera seguridad mientras que el diferente se rechaza y se expulsa de diversos modos en el accionar de cada día, casi de forma automática, sin detenerse ni por un solo segundo a pensar ¿quién es el otro? ¿qué significa lo cotidiano para cada uno? ¿existe un único modo de habitar el mundo? Y en esta marea lluviosa, una pregunta clave: ¿cómo intervenir respetando y potenciando el propio mundo subjetivo de la persona? En La Casa del Pasaje encontraba aquella estudiante de psicología un sitio de alojamiento para dichos interrogantes.

Las formas de vivir la experiencia humana tienen coordenadas socio históricas.

Transitamos una época donde el tiempo no es lineal, sino que los tiempos se superponen jugando un relevante papel la inmediatez, la fluidez, la superficialidad, los cambios constantes, donde los espacios de socialización como la familia, la escuela y las demás instituciones entran en crisis, lugares de encuentro donde se produce un alto grado de conflictividad a menudo debido al choque de generaciones, una época en continuo desarrollo. Podríamos pensar en un interminable océano en el que la mayoría pasa surfeando, sin embargo, la estudiante de psicología descubrió en La Casa del Pasaje modos más profundos de andar el viaje, cada 'pasaje' resulta particular, se convoca a cada pasajero a una investigación activa, mayoritariamente a través del juego en el sentido que le otorga Winnicott (1993), pensando que jugar es ser capaz de vivir una experiencia cultural.

En este sentido, son muy valiosos los aportes de Carballada (2008), quien propone concebir los lazos sociales entendiéndolos como componentes importantes en la construcción de procesos de identificación, subjetivación y socialización comprendiendo que estos procesos ocurren en la relación con el otro que posibilita la conformación de la identidad y el ingreso a la cultura.

Este mismo autor (2004) plantea dos paradigmas para concebir la intervención en lo social: una perspectiva normativa y una crítica.

Acerca de la primera se puede decir que es unificada, definida, cerrada, se piensa certeramente una causa y un efecto sobre los problemas y entonces se cuenta con soluciones anticipadas para los mismos que serían aplicables a las diversas situaciones buscando en definitiva normativizar con sus operatorias, trabajando 'sobre' otro. Siendo esta visión estática y absoluta, termina obturando lo particular.

Por otra parte, una perspectiva crítica enmarcada en el paradigma de la complejidad, dinámica donde se piensa el trabajo 'con' otro. Es desde esta visión coincidiendo con Ana Bloj (2010) que resulta posible hablar del oficio del psicólogo, ya no se trata de 'una intervención' para todos, sino de 'las intervenciones' tomando en cuenta el contexto histórico social y los cambios que se producen, alojando los conflictos, las rupturas, los puntos de fuga que permitirán problematizar partiendo de las cuestiones micro-sociales emergentes en relación a las características particulares de los sujetos con los que se trabaje. Es decir, las intervenciones requieren una dimensión artesanal alcanzable a través del análisis particular de la situación, se trata de hacer hincapié en la producción subjetiva y las posibilidades de los sujetos. Como psicólogos se parte de lo micro, ya que no importa cuán amplia sea la intervención, generalmente hay que intervenir en la situación anecdótica emergente.

En los tiempos que corren, las grandes mareas suelen estar repletas de olas caóticas y agitadas, para navegar paulatinamente a través de ellas se vuelve imprescindible que quienes llevan el timón del barco expandan su horizonte más allá de las intervenciones normativizantes, porque quedarse con ellas en la actualidad es tan inútil como fatigarse con el remo cuando el barco se encuentra fuera del agua.

Situarse en el paradigma de la complejidad, intervenir desde una perspectiva crítica, implica navegar con paciencia por aguas bravas, con creatividad, dando lugar, estableciendo entre-tiempos, teniendo claro que no se trata de 'resolver' el problema sino de armarlo, problematizar generando hipótesis de trabajo colectivo.

De esta manera las intervenciones se organizan en diferentes momentos, Ana Bloj (2010) describe tres, de los cuales el diagnóstico inevitablemente es el inicial; en La Casa del Pasaje se trabaja con la noción de 'diagnóstico suspendido', lo cual no significa negarlo porque es una dimensión que está operando siempre, en general, lo jóvenes vienen de un circuito que los rechaza y los segrega desde la familia hasta las

distintas instituciones por las que transitan, la mayoría arriba con una etiqueta de psicosis o autismo; entonces lo que se propone es suspender estas cuestiones para interrogar y conocer la historia del sujeto, quién es, qué le ocurre, de dónde viene, hacia dónde desea ir.

Así se borran las etiquetas, se deja de hacer referencia a una psicosis o un autismo dirigiéndose hacia una persona con un nombre propio y una historia singular que la atraviesa. Desde una perspectiva crítica, este primer momento es el que arma un escenario que habilita para la intervención propiamente dicha, generando acciones que se construyen colectivamente en un proceso que se va sosteniendo a través del tiempo, se trata de los recursos, las herramientas, lo que convoca a acciones; es posible ubicar este segundo momento en los diferentes espacios en los que se organiza La Casa del Pasaje para jugar e investigar a través de los objetos culturales en los que se apoya cada uno de ellos, encuentros cotidianos donde los sujetos son activos, se opera con ellos y no sobre ellos, se busca correrse del lugar del saber, interrogar en lugar de responder, facilitar la expresión de lo propio. Allí donde aparece lo azaroso, lo imprevisible, el objetivo es intervenir para transformar una situación.

El tercer momento implica una lectura y análisis de los efectos, ciertamente allí se arma otro diagnóstico. Las reuniones de equipo y re-trabajo de La Casa del Pasaje reflejan este momento, restituyen la dimensión de oficio, se constituyen como la cocina del lugar, donde se vuelve posible reformular las intervenciones, construir sentidos nuevos, intercambiar con otros, producir movimientos en el proceso de trabajo que se desarrolla y se sostiene en el tiempo. Estos encuentros son el motor del barco, materializan el compromiso de un colectivo que pone en marcha un deseo que se encarna en el proyecto de esta institución, donde muchas veces la ruta es sinuosa, el viento sopla fuerte, los rayos sacuden las estructuras, la marea desestabiliza el barco, sin embargo quienes mandan el timón de este navío tienen la capacidad de volver a preguntarse quiénes son y hacia dónde van, desembocando en un mar de interrogantes que tienen como puerto común mejorar la salud mental de las personas.

DEL NAUFRAGIO HACIA LA REFLEXIÓN

Entre las millas que pueden separar a una persona de alguna orilla hay un mar, en el naufragio del conocimiento donde de pronto se halló esta estudiante de psicología frente a su práctica pre profesional supervisada, a través de la marea y con el avance paulatino de las olas fue desplazándose de puertos colmados de incertidumbres y prejuicios con el salvavidas de la reflexión hacia la construcción -incesante- de un oficio y el conocimiento como profesional. Arribando a la clara idea de que salvarse del naufragio es finalmente trabajar con otros, acortando las millas entre las orillas de un trayecto colectivo.

Quizá al hablar de oficio puede ocurrir que la especificidad de la profesión encuentre puntos fronterizos con muchas otras cuestiones, otras profesiones, otros oficios, otros saberes, pero justamente cada punto de fuga puede presentar una oportunidad para reflexionar acerca de qué hace allí el psicólogo, cómo es su forma particular de hacerlo, cuáles son sus aportes, conquistando cada vez una identidad profesional, armando un oficio.

Un pasaje profundo por esta institución que durante su recorrido y fundamentalmente en un análisis posterior, permitió marcar algunas líneas para posicionarse en el océano de nuestra sociedad actual, navegando con otros que acuerdan en concebir a un sujeto de deseo y de derechos, que se encuentran para mejorar la atención en salud mental, compartiendo experiencias culturales, corriéndose de un lugar de saber absoluto para poder problematizar, comprendiendo que no se trata de solucionar de manera cerrada ni anticipada los problemas que emerjan sino de poder armarlos, producir movimientos que vinculen distintas escenas, intervenir respetando y potenciando el propio mundo subjetivo de las personas que transitan por la casa.

Quien escribe estas letras comprendió que los interrogantes no siempre encuentran una respuesta, pero afortunadamente disparan a seguir pensando, se conectan con otros interrogantes, y tal vez allí está la esencia de la práctica: en re-pensarla, reinventarla, desafiarla, cuestionarla, en la construcción de su oficio, lo cual se vuelve posible para la autora en el trabajo con otros que fue habilitando siempre nuevos disparadores. En este sentido, probablemente, este trabajo constituya un nuevo punto de partida.

*"Que las practicas nos transformen,
que produzcan cambios en nuestra subjetividad,
que nos permitan mirar al mundo de otra manera,
ver lo que hasta ese momento no veíamos,
tener ideas que nunca antes tuvimos,
pensar lo que en otro tiempo era impensable es un lujo,
una oportunidad"
(Georgina Borzone 2010)*



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bleichmar, Silvia (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Paidós
- Bloj, Ana (comp.) (2010). *Intervenciones en psicología educativa*. Rosario: Laborde
- Carballeda, Alfredo (2004). *La intervención en lo social*. Buenos Aires: Paidós
- Carballeda, Alfredo (2008). *Los cuerpos Fragmentados*. Buenos Aires: Paidós
- Carli, Sandra (2003). "Entrevista a Silvia Bleichmar". Año XI. No21. *Revista del Instituto de investigación de ciencias de la educación*
- Ferrara, Floreal Antonio (1985). *Teoría Social y Salud*. Buenos Aires: Catálogos
- Galende, Emiliano (2008). *Psicofármacos y salud mental. La ilusión de no ser*. Buenos Aires: Lugar Ed
- Ley Nacional de Salud Mental, N° 26.657, 2010
- Ley N° 24.901, Sistema de prestaciones básicas en habilitación y rehabilitación integral a favor de las personas con discapacidad
- Mannoni, Maud (1982). *Un lugar para vivir*. Barcelona: Crítica
- Menin, Ovide (comp.) (2000). *El oficio del psicólogo educativo*. Rosario: CG Editora
- Rascovan, Sergio (2013). *Entre adolescentes y adultos en la escuela*. Buenos Aires: Paidós

- Sibia, Paula (2012). *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta fresca
- Stolkiner Alicia (1999) recuperado de: <http://www.campopsi.com.ar/lecturas/stolkiner.htm>
- Volnovich, Juan Carlos (2008). "Conectados ¿en soledad?" *Revista imago* <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1535>